

# PLAZA MAYOR

Para Rafael Láinez Alcalá, José García-Revilla  
y Luis Clavijo Cano, tan enamorados como yo  
de Salamanca.

Plaza Mayor de Salamanca, anclada  
en la pétreo hipérbole del sueño;  
la loca fantasía de un diseño  
rizos te edificó de luz dorada.

Jaula de la ilusión engalanada,  
panal de sillería, eco sin dueño,  
noria de vida, carrillón risueño...  
Plaza Mayor para pensar labrada.

Alegre asombro brindas al viajero,  
escenario sin par a estudiantina,  
y crisol a la envidia y al lucero...

Plaza Mayor para soñar pensada.  
Calixto y Melibea... y Celestina:  
¡Plaza Mayor para el amor soñada!

Por FERNANDO BRAVO Y BRAVO

# ¡Qué mala suerte!

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO  
(Conde de Canilleros)



QUE mala suerte!—, repetía una y otra vez el Príncipe de Asturias.

Estábamos en el jardín del Gran Casino de San Sebastián; en el que se celebraba una tómbola benéfica. La noche era hermosísima; el ambiente maravilloso. Asistían los reyes y varios de sus hijos. Un inmenso gentío selecto, llenaba el jardín y los salones de la planta baja del casino.

En el barullo de la animada fiesta, yo fui a parar junto al Príncipe, al que en otra ocasión ya me habían presentado, y con él seguí casi toda la noche. Compraba y abría con ilusión infinidad de papeletas, comprobando decepcionado que ninguna le salía premiada.

—¡Qué mala suerte!— repetía.

—En estas tómbolas le dije— ya sabe Vuestra Alteza que la proporción de premios es muy pequeña, porque lo que se trata es de reunir muchos fondos.

—Pero es que a mí no me toca nada— contestó—. Tú has sacado algunos premios. Es que tengo mala suerte.

Pensaba para mí, dándole un mayor alcance, que tenía razón. Aquel Príncipe rubio y pálido, bondadoso, de dulce y triste mirada, no había tenido suerte, pese a nacer heredero del trono histórico de un hermoso país. Desde su nacimiento, la terrible e incurable enfermedad de la hemofilia amargaba sus días y era amenaza constante de su vida. El más leve golpe, el más insignificante accidente, era causa de hemorragias, difíciles de cortar. Yo pensaba en todo esto aquella noche del quinto lustro de nuestro siglo, en el jardín del Gran Casino de San Sebastián. Y me repetía para mí su frase, con aplicación más honda y transcendente:

—¡Qué mala suerte!

Dentro de su tristeza, aquella noche estaban iluminados por una vaga alegría los claros ojos del Príncipe. La tómbola le divertía y se olvidaba de todo lo demás, centrando su ilusión en que le tocasen regalos. Era muy joven—nació el 10 de Mayo de 1907—, simpático, con buen tipo y rostro de agradables facciones, pues se parecía a su madre, la bellísima Reina doña Victoria Eugenia. Era un Príncipe de poemas y leyendas, nimbado por el halo melancólico de la tristeza.

Charlamos mucho aquella noche, a la que, cuando volvimos a vernos meses después en Madrid, aludí:

—¿Te acuerdas la mala suerte que yo tenía aquella noche en la tómbola?